

EL ESTADO DE PREVENCION Y ALARMA EN EL MUNDO

I

La vieja Ley española de Orden Público de 1870, consagraba una situación anormal, previa el mundialmente conocido estado de sitio o estado de «prevención y alarma». Pues bien, el panorama internacional nos recuerda con bastante fidelidad aquel rótulo, y no con un sentido fatalmente pesimista. Precisamente de la prevención y de la alarma pueden surgir las medidas que eviten la aparición del estado de guerra, en sentido internacional y no localizado. Pues nadie puede olvidar que, desde 1945, el mundo no ha dejado de conocer «guerras calientes», aún no atómicas y sí localizadas: China, Indonesia, Irán, Iraq, Cachemira, Grecia, Palestina-Sinaí, Indochina, Malasia, Corea, Keña, Tíbet, Chipre, Magreb, Goa, Yemen, Congo, Cuba, Irán Angola, Dominicana, Colombia, Himalaya, Biafra, Ulster y, en general, el mundo de las «guerrillas», desde los Andes a Tailandia. La lista será, sin duda, incompleta; no registra las insurrecciones locales —Berlín, Budapest, etcétera—, los conflictos raciales, los derrocamientos ni las clásicas violencias sociales. Como tampoco las invasiones pacíficas, fueran en Quisqueya o en Bohemia. Muchas de esas guerras se han solucionado, al menos exteriormente. Otras siguen ardiendo, y en cabeza la del Viet-Nam, que quizá acabe —no decimos que se solucione— con el abandono del ring del Tío Sam, que ya sabe a qué atenerse sobre lo que luego sucederá desde Birmania a las Molucas. Hasta no faltan estallidos trágico-cómicos: Salvador y Honduras jugando a la guerra.

II

El anterior panorama no conduce, repetimos, a un pesimismo automático. Los «grandes» se temen y buscan sólo el choque de sus peones, y en donde pueden, el entendimiento. Esto tranquiliza. Hay conflictos que se «congelan»; les guste o no a los que más lo sufren: Alemania. La ONU subsiste. Las numerosas organizaciones «regionales» también, a despecho de contratiempos —Liga Árabe, OEA, CENTO, OTASE, etc.— o de estancamientos: OUA, CDE, OTAN, Pacto de Varsovia. Las hay que florecen para bien de pocos y mal de muchos, como las Comunidades Europeas. Son raras las actas de defunción o de extinción: Alianza para el Progreso. La cooperación técnica ha progresado mucho. Casi diríamos que los pueblos están dando en estos veinticuatro años de postguerra muestras de mayor sentido común que algunos gobernantes y que muchos grupos poderosos. El «terrícola» de 1969 comprende que sus enemigos son la insuficiencia de recursos —y a veces de espacio—, el cáncer, el infarto de miocardio, y si su nivel espiritual es alto, la vuelta a la barbarie modernizada que se ve en la masa. Nunca lo son sus vecinos o sus viejos enemigos; ni aún siquiera sus amigos oficiales, que a veces sólo son eso: amigos oficiales. Ciertamente, las fuerzas del mal y los intereses beneficiados con una guerra, son poderosos. Pero no están solos ni sueltos a su antojo. Los peores no son los «belicistas» inteligentes, sino los rutinarios.

III

Lo que no cabe duda es que el Caleidoscopio mundial gira desde 1945 a una velocidad impresionante. Se necesita una atención prodigiosa para seguirlo sin retrasos, y una agilidad portentosa para no quedarse rezagados ante los hechos, o si se prefiere, ante las iniciativas ajenas, por supuesto egoístas como todo lo unilateral, y con frecuencia dañosas para el rezagado. La diplomacia de 1969 tiene que ser febril: su milagro tiene que ser conservar la ponderación, el «no precipitarse» sin dejar de actuar con la rapidez exigida por los hechos. En nuestro mundo hay sitio para todo, menos para la diplomacia-tortuga. Esto no es una negación de la utilidad que en el pasado, no distante, pudo tener la diplomacia-tortuga. A los «Hijos del Cielo»,

a los sultanés otomanos y marroquíes y a otras cancillerías, la pérdida de tiempo fue el mejor —el único— medio disponible para ganarlo, preservando una debilidad amenazada. Otras veces la diplomacia-tortuga (emparentada fatalmente con el aislacionismo) fue menos útil: a la España de la Restauración en 1898 y en 1902, por ejemplo. Todavía la diplomacia de las dilaciones fue útil a España de 1938 a 1945. Actualmente sería funesta. Los supuestos que pudieron justificarla se han esfumado. Al inmóvil le empujan los otros como quieren.

IV

Nuestra diplomacia fue ágil en 1939 y 1953 (no nos referimos al Concordato, sino a los acuerdos hispano-yanquis de ese año). Aún registra muestras de agilidad, no decisivas, pero útiles, respecto de Hispanoamérica y en el caso de Gibraltar. Pero en otros aspectos creemos que ha perdido impulso: con optimismo confiamos en que se tratará de recuperar el ritmo impuesto por los tiempos. Por ejemplo, en la liquidación del viejo sistema de cooperación hispano-norteamericano, anunciado confusamente para 1970. Decimos «confusamente» porque no hemos podido conocer el texto de los siete instrumentos cambiados entre Castiella y Rogers, ni su «cola» en plena actualidad. Ante los Seis, ante Europa y ante la OTAN, nos parece que estamos parados, o al menos au ralenti, según la frase clásica. Que la culpa no sea del todo nuestra es posible; o al contrario: que no esté a nuestro alcance inmediato tomar el veloz impulso deseable. También nos parece que nos dormimos un poco en los laureles de nuestra pasada y discutida descolonización: la materia es opinable. La necesidad de observación y donde sea preciso de corrección, no admiten dudas. El mundo está tan frenético que los pasos en falso a veces producen menos quebrantos que el inmovilismo. Si bien lo deseable es evitar lo uno y lo otro.

V

Cuanto antecede viene a cuenta de que en este quizá «largo y cálido» verano, la somnolencia es superficial en la esfera de las iniciativas internacionales. El pronóstico de «no va a pasar nada notable» es tan aventurado

como el contrario. El que lo que pueda pasar, nos afectará indirecta o moderadamente, porque somos «unos buenos chicos internacionales» sería ingenuo. En diplomacia sucede como en el cine: el gangster despierto desbanca al honrado, que se confía; aunque lo menos que se puede decir del que se confía es que es honrado, pero voluntariamente tonto. Porque a estas alturas la ingenuidad sería morbosa. Un país se puede confiar de muchos modos: con fidelidades excesivas y prolongadas allende los signos apreciables de mudanzas en el amigo o en el que no lo es. Confianza en que el pirata —sea auténtico o aprendiz— no se atreverá a recurrir a los viejos métodos hoy escandalosos, de hace un siglo. Con la creencia de que manteniendo una línea que ha sido útil, va a seguir siéndolo. Con el subconsciente horror a las novedades que hacen rectificar, aunque las esté aproximando la movilidad de la escena mundial. No seguimos enunciando supuestos, porque serían muchos «y doctores tiene la diplomacia» para conocerlos bien. Así nuestro deseo, al escribir estas líneas, sin tener un motivo visible, concreto y apremiante de prevención y alarma, es que vivamos pensando en que estamos inmersos en una época Kali y que no necesitamos Biafras ni Viet-Nams inmediatos o directos para dormir despiertos. Quien quiera descansar que se vaya a un lugar ad hoc, de los que abundan en nuestro mundo «turístico». Quien quiera cumplir su cometido, que duerma con los ojos abiertos, y precisamente para estar más tranquilo, en estado de prevención y alarma. Y si tiene al lado alguien que ronca, que lo despierte.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

